TEATRO SIN AMORÍOS

¡QUE VENGAN! ¡QUE VENGAN!

ENTREMÉS

en un acto y en prosa

por

ALVAR DOMINI



1924
HIJOS DE GREGORIO DEL AMO
Paz, 6
MADRID

PERSONAJES

DON LEÓN............................	Contable.
DONA PERFECTA (esposa del anterior)..	También cuenta aunque no es contable.
ROBUSTIANA (portera).................	Bebe más de la cuenta.
FIDELA (criada)......................	No le salen las cuentas.
EL ELLA y gente menuda..................	Extranjeros que parecen pájaros de cuenta.
P. P. y W. (policías)................	De estos darán cuenta en la Jefatura.

¡Que vengan!, ¡que vengan!

ACTO UNICO

La escena representa el comedor de una casa sencilla. Al foro puerta abierta al pasillo, pero con cortina por la parte de fuera. Una mesa preparada para que cenen dos. Cuatro sillas, cuadros baratos por las paredes; un reloj. Un baúl esquinado en uno de los ángulos del comedor. Un aparador en el otro.

ESCENA PRIMERA

D.ª Perfecta y Fidela.

Al levantarse el telón, la señora de la casa, D.ª Perfecta, sentada junto a una de las esquinas de la mesa, de la que ha levantado una punta del mantel para poner el cuaderno de la compra y el tintero, está ajustando la cuenta a la muchacha, Fidela, y suma pausadamente.

D.ª Per. Tres y dos, cinco, y cuatro, nueve, y seis, quince, y llevo una, y una, dos, y cuatro, seis y dos, ocho. Ocho y media. ¿No es eso, Fidela?

Fidela. No, señorita; si hace rato que han dado las nueve.

D.ª Per. No me refería a la hora; pero ahora me haces pensar que ya debía estar León

en casa. ¿Si le habrán atracado? Desde que has contado eso del vecino no me llega la camisa al cuerpo. Decíamos que ocho y cincuenta. (*Vuelca el bolsillo y cuenta el sobrante que le da la muchacha*). Cinco y una, seis. (*La plata*). Diez y diez, veinte, treinta y cuarenta. (*La calderilla*). Te había dado tres duros. Ocho y cincuenta, y seis y cuarenta, catorce noventa. Faltan diez céntimos.

Fidela. ¿Diez céntimos? ¿Diez céntimos? ¿De qué serán?

D.ª Per. ¿Y dices que gasta pistola?

Fidela. (*Dándose una palmada en la frente*). De mecha son los diez céntimos. Ya está la cuenta. ¿Entramos el mundo a la alcoba?

D.ª Per. (*Pone en dos pilas plata y calderilla*). No, corre a abrir, que me parece que el señorito sube la escalera.

ESCENA SEGUNDA

D.ª Perfecta y D. León.

Al entrar D. León y ver a su esposa recogiendo los cuartos, grita mientras apunta con las manos formando pistola.

D. León. ¡Arriba los brazos!

D.ª Per. (*Suelta nerviosamente sobre la mesa los

cuartos que había recogido y se levanta como por un resorte, gritando desesperadamente y dejándose caer sobre la silla. ¡Ay!

D. León. Pero mujer, ¿qué te pasa?

D.ª Per. ¡Ay, qué susto me has dado!

D. León. Feíto soy, pero no tanto como para asustar a nadie, y además, habiendo celebrado las bodas de plata, hora era ya de que te hubieras acostumbrado.

D.ª Per. No estoy para bromas, León. ¿No sabes lo que pasa?

D. León. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Que pasa la bandera. (*Hace alusión al canto popular con cuya música se ha de tatarear esto*).

D.ª Per. (*Cogiendo a su marido por un brazo, se lo lleva hacia el proscenio sigilosamente después de mirar por todas partes, especialmente por la puerta del foro y con expresión de terror dice*): León, tenemos pistoleros en casa.

D. León. ¡Cáscaras! Pis-to-le-ros en ca-sa. (*Hace esfuerzos por aparecer valiente, sin poder disimular su terror*). ¿Dón-de? ¿Dón-de?

D.ª Per. No, no es dentro de casa; están en la misma escalera.

D. León. ¿Con que en la escalera? (*Aparte*). Ya respiro. (*Alto*). Pues de buena me he librado. Podías haberme hecho señas

desde el balcón y me hubiera ido a dormir a casa de mi hermano. ¡Perfecta!, ¡Perfecta!, no tengas miedo. ¡Pistoleros a mí! ¡Que vengan!, ¡que vengan!

D.ª Per. Por Dios, no levantes la voz, que podrían oirnos.

D. León. (*Muy bajito*). ¡Que vengan!, ¡que vengan! Aquí estoy yo, tu León, del que nunca se podrá decir que no es tan fiero como lo pintan. Y ahí estás tú, mujercita mía, que si disparas a los pistoleros tan a boca de jarro, como a mí, la noticia de su existencia en casa, a buen seguro que no necesitas de León que te defienda. Sobre todo, Perfecta, te recomiendo calma, mucha calma; valor, mucho valor.

D.ª Per. ¿Tú no estarás sindicado?

D. León. ¿Quién, yo? Toda mi vida. Antes de casarme era del sindicato libre; pero desde que tú me pescaste pertenezco al único.

D.ª Per. Por si van mal dadas, bueno sería que tuvieras alguna arma.

D. León. ¡Quiá! A mí me bastas tú... «Arma mía».

D.ª Per. No vuelvas a las bromas. Te lo digo en serio. Pues ¿no tenías antes un revólver?

D. León. Uno que Zumalacárregui había regalado a mi abuelo por su buen comporta-

miento en la guerra carlista. Pero como tenía ese valor histórico y yo no sabía manejarlo, previendo mayores males me deshice de él al poco de casarnos, para... ponerte un Seguro de Vida. Me embarazaría mucho en caso de atraco. (*Aparte*). Me pesarían más los brazos al levantarlos. (*Alto*). Te digo y te repito que es poco un pistolero para mi. (*Muy alto*). ¡Qué venga! (*Muy bajo*). ¡Qué venga!

ESCENA TERCERA

Dichos, y Fidela que entra gritando.

Fidela. ¡Señorito! ¡Señorito!

D. León. (*Levantando los brazos y escondiéndose un momento detrás de una silla*). ¡Que no venga!

D.ª Per. (*Gritando con espanto*). ¿Es él? ¿Es Cordero?

Fidela. No, señorita; es ella, la portera, la que lo sabe todo; todo lo que le he contado a usted antes, y quizá algo más. Baja ahora por la escalera, y si les parece a ustedes le diré que entre para que nos informe.

D. León. Aun cuando de una portera no esde esperar buenos informes, dila que entre

Fidela. Voy corriendo. (*Vase*).

ESCENA CUARTA

Dichos, menos Fidela.

D. León. Oye, Perfecta, ¿quién es ese Cordero?

D.ª Per. (*En voz baja*). El vecino de arriba. (*Pausa y con espanto*). ¡El pistolero!

D. León. (*Alza los brazos un momento y se vuelve hacia la puerta del foro asustado*). A mí no me la dá. Ese es un lobo con piel de oveja.

D.ª Per. Su nombre completo es Juan Lanas Cordero.

D. León. Pues estate segura que si se mete conmigo, ese Cordero dejará la lana entre mis zarzas, digo, entre mis garras. Pero ¿qué hacen que no entran? ¡Fidela! ¡Fidela!

ESCENA QUINTA

Dichos, y Fidela.

Fidela entra con una sopera que pone, tapada, encima de la mesa.

D. León. Gracias a Dios que vamos a cenar esta noche.

D.ª Per. ¿Dónde está la portera?

D. León. Solución a ese acertijo. Por si acaso, destapa con cuidado la sopera.

Fidela. Ha dicho que de seguida viene, pues tenía que pasar a la tienda de enfrente

a comprar una bombilla que se le había fundido en la escalera.

D.ª Per. Cuando vuelva le haces pasar, pero previo aviso, no te descuides. (*Vase Fidela*).

ESCENA SEXTA

Don León y D.ª Perfecta.

Se sientan a la mesa después de quitarse D. León la chaqueta, que deja en el respaldo de la silla.

D.ª Per. ¡Ay, León, estamos encima de un volcán!

D. León. Déjame que descubra el cráter. (*Destapa la sopera y sale mucho humo*). Reconozco que la cosa está que arde. (*Sirve la sopa a la señora y luego se sirve él*).

D.ª Per. Mientras se enfría la sopa podías leerme el atraco de hoy.

D. León. ¿Hablabas de mi pleito?, pues aquí traigo los papeles. (*Saca del bolsillo de la chaqueta, que tiene en el respaldo de la silla, un periódico y lee*). «El atraco de hoy». «Uno más en la larga serie de los extremadamente osados, es el que hoy nos toca reseñar. La estación del Sur ha sido el teatro donde la tragedia de hoy ha tenido su desarrollo cinematográfico. Sobre la una y media de la tarde, seis hombres «bien».

D.ª Per. Perdona, León mío, que te interrumpa. ¿Cómo a seis pistoleros les llaman hombres de bien?

D. León. No, hija, no dice hombres de bien; aquéllos eran los de mi tiempo, y de esos ya no queda ahora ni el nombre. Se dice hombres «bien» y quiere decir que lo parecen por su porte exterior.

D.ª Per. Entendido; sigue.

D. León. «Sobre la una y media de la tarde, seis hombres bien y otros seis mal... trajeados, pistola en mano, y a los gritos de «nadie se mueva, manos arriba», irrumpieron en la sala donde están las taquillas de los billetes y encañonaron las Stars al público en general y a los que formaban colas en particular. Dos de los doce se destacaron, y previa señal de unas mujeres como del pueblo que llevaban cestas y que marcaron de ese modo a los que por lo que después se vió eran los mayores tenedores...»

D.ª Per. Perdona que te vuelva a interrumpir. ¿Dice tenedores?

D. León. Sí, mujer, tenedores.

D.ª Per. ¡Ay, Dios Santo! ¿Pues no eres tú tenedor... de comercio?

D. León. Eso también era antes. Ahora ya ni pincho ni corto, y además me llaman contable. Así, que no pases cuidado, pues hasta tendré derecho a ajustarles

las cuentas a esos caballeretes, si se ponen tontos.

D.ª Per. Continúa.

D. León. ¿Dónde íbamos? ¡Ah, sí!, «a los mayores tenedores los despojaron primero de cuanto llevaban encima, y pasando a los que no tenían tanto, a este quiero, y al otro también, los dejaron sin blanca. Cuando el total metálico personal no llegaba a diez pesetas, propinaban al desgraciado una regular paliza con las culatas de las pistolas». (*Cuenta el dinero que está todavía encima de la mesa*). Seis, con cuarenta. Por tres sesenta te ponían el cuerpo, si entraran ahora, como boquilla de ambar centenaria... «El que capitaneaba la cuadrilla vociferaba con indubitable deje extranjero y cojeaba ligeramente del pie izquierdo». ¿No te parece que con lo leído ya tenemos bastante para abrir boca y podemos comer la sopa? Ya está fría.

D.ª Per. ¡Nosotros sí que estamos frescos!

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y la portera, que seguida de Fidela, llega a la puerta, donde se detiene, en el momento que el matrimonio tiene en la boca sendas cucharadas con sopa.

Portera. ¡Nadie se mueva! (*El matrimonio, sin mirar a la puerta de entrada, se queda*

como inmóvil con las cucharas en la boca y con los codos lo más levantados posible; la portera se queda también sin moverse de la puerta hasta que entra Fidela y se va a donde está D.ª Perfecta, que la ve de reojo y le pregunta por lo bajo, retirando muy poco la cuchara de la boca).

D.ª Per. ¿Quién está ahí?

Fidela. Señorita, la portera.

D.ª Per. ¿Pues no te había dicho que avisaras previamente? (*El matrimonio recobra las actitudes normales*). Pase usted, Robustiana.

Fidela. Se entró sin darme yo cuenta.

D.ª Per. Tentada estaba de dártela ahora a ti por descuidada. No gana una para sustos.

D. León. (*Rehaciendo su semblante de su pasado miedo*). Es que tú te asustas de poca cosa. Da un vaso de vino a Robustiana. (*Aparte a su mujer*). Así cantará claro, pero no la ofrezcas silla; así, cuando nosotros nos cansemos de ella, estará cansada y no se eternizará aquí.

D.ª Per. Tome usted, Robustiana. (*Le da un vaso de medio cuartillo lleno de vino*).

Rob. No, muchas gracias, como no tengo costumbre. (*Aparte*). Eso de beber en dedales... Vaya, a la salud de ustedes. (*Lo coge y se lo bebe de un trago*).

D. León. Y a tí te libre de todo mal.

Rob. Amén; porque, hija, en estos tiempos, y con ciertos vecinos, estamos todos amenazados.

D. León. ¿Hablas de ese... Corderito del piso de encima?

Rob. Del mismo que viste y calza. Del pistolero, ¿por qué hemos de andar con tapabocas?

D. León. De modo que tú crees...

Rob. ¿Cómo que creo?... Que lo he visto (*va levantando la voz*), que lo he oído, que lo he olido. Como que lo único que me falta es gustarlo, y el mejor día... (*paff, se le cae la bombilla al suelo y estalla, produciendo una detonación*). ¡Mi bombilla! (*Se vuelve a buscar la bombilla rota*).

D.ª Per. ¡Una bomba!

D. León. ¡Qué zambombazo!

D.ª Per.
D. León. } ¡El pistolero!

Los dos se cubren las cabezas con las servilletas y se esconden detrás de las sillas, de la mesa o del aparador. Robustiana, que ha recogido el casquillo de la bombilla, al volverse y ver ese cuadro, grita también.

Rob. ¡El pistolero!

ESCENA OCTAVA

Dichos, y Fidela.

Esta acudió al ruido de la detonación, y al llegar a la puerta del foro se cubre la cabeza con el delantal, escondiéndose detrás de la cortina, de manera que sólo asome la cabeza y tapada como hemos dicho.

D.ª Per. León, León, ¿estás vivo?

D. León. Vivito y coleando... Ya estoy de vuelta después de haberlo perseguido un gran trecho... sin perderlo de vista.

D.ª Per. Pero no estamos solos. Se oye un respirar anheloso y unos como sollozos comprimidos.

D. León. Será Robustiana, que la pobre habrá pagado el pato.

Rob. Aunque lo tengo comprado para celebrar mañana el santo de mi marido, el pato aún no lo he pagado; lo que sí había pagado era la bombilla que tenía en la mano, y que al caerse produjo la explosión.

D. León. ¿De modo que aquí no ha entrado el pistolero? Ya lo decía yo..., pistoleros a mí... ¡Que vengan!, ¡que vengan! *(Se descubren totalmente los tres, y como Fidela tarda un poco más en descubrirse por habérsele enredado el delantal en la cabeza, los tres, que se encuentran al mirar a la puerta del foro con una cara*

tapada, con la que no contaban, vuelven a taparse, exclamando):

D. León. ¡Que no vengan!

D.ª Per. ¡León, León!, estamos perdidos.

D. León. Sí, hija, perdiditos... de miedo.

Rob. Al fin, pagaré yo el pato.

Fidela. (*Que ha logrado descubrirse*). Cómo se me había enredado el delantal. Señoritos, señoritos, descúbranse ustedes que soy yo. (*Se descubren D.ª Perfecta y D. León*).

D. León. (*Muy incomodado*). Y ¿quién eres tú para mandarnos descubrir?

Fidela. (*A Robustiana*). ¿Te descubro?

Rob. No, por Dios, no me descubras.

D. León. (*Descubriendo a Robustiana pausadamente con solemnidad*). Procedamos con toda solemnidad al acto de descubrir la estatua de la prudencia.

Rob. (*Dando rienda suelta a su desconsuelo*). Sí, sí, para bromas estoy. Esta tarde se me funde una bombilla en la escalera, y ahora se me rompe la que traía para sustituirla; así, ¿cómo me va a... lucir... lo que gano?

D. León. ¿Y por eso lloras? Sórbete las lágrimas primero; este vaso de vino para pasar el susto, después (*le da un vaso a Robustiana*) y toma estas dos pesetas para otra bombilla, y ahora sí que...

Rob. (*Robustiana se bebe el vino, y luego,*

limpiándose con la vuelta del delantal). Sí, señor, ahora sí que estoy alumbrada.

D. León. Pues entonces ilumínanos tú acerca de las circunstancias de ese... de ese... ya tú sabes...

Rob. Sí, señor; del pisto... (*D. León la tapa la boca*).

D. León. Chist; no nombres la soga en casa del ahorcado. Reanuda la historia mientras nosotros probamos de empalmar la cena.

D.ª Per. Fidela, trae otro plato. (*Vase Fidela*).

ESCENA NOVENA

Dichos, menos Fidela.

Rob. Que conste que ese inquilino yo no lo he metido en casa, me ha sido impuesto por el administrador. Yo hubiera traído a una persona muy decente. (*Aparte*). Tan decente, que me había dado cinco duros hace cinco meses para que le avisara cuando se desalquilara el cuarto.

D. León. A juzgar por sus nombres, ese prójimo es español.

Rob. Qué ha de ser; extranjero y muy extranjero. Unos dicen que es de Rusia, y él dice que ha nacido en Esto... es... el... colmo.

D. León. Será Stokolmo, capital de Suecia.

D.ª Per. Pues Robustiana, con maña habría usted de indagar su verdadera patria.

D. León. Que no pierda el tiempo; el extranjero se hará siempre el sueco.

D.ª Per. ¿Y vive sólo?

Rob. Quiá, no señor; con una mujer, extranjera también... que es una judía... con un lunar en la cara...

D. León. Entonces es una judía pinta.

Rob. Y con un niño muy hermoso.

D.ª Per. Angelito, no sabe dónde se ha metido.

Rob. Y algunos días, viene con ellos otro hombre, que dicen que es hermano de la señora.

D. León. ¿Un hermano de la señora? Pues entonces ese es un tío.

Rob. Todas las mañanas salen, él con el niño y ella con una cesta.

D. León. Si adivinas lo que lleva en la cesta te da un... tiro.

D.ª Per. No, hombre, no. ¿Cómo quieres que fueran a dar atracos con una criatura?

Rob. Pero ¡qué buena es D.ª Perfecta! Si eso lo hacen por despistar. A mi no me gusta fisgar, pero, por excepción, en cuanto salen ellos del portal, me planto yo allí, para con las precauciones debidas, seguirles con la vista; e invariablemente entran en el portal del 642

de esta misma calle, de donde salen de allá a poco sin el niño.

D. León. Escucha, Robustiana. Y ¿tú has oído algo alguna vez? Porque ya sé que tú escuchar... no escuchas nunca.

Rob. Ya dice usted bien, señorito; yo escuchar, ni por pienso. Pero por excepción, algún día, mientras limpiaba y relimpiaba los dorados de la puerta del piso, que en eso de limpiar, no es por alabarme, que ya lo ven los señoritos, que tengo la casa como un ascua ardiendo, digo, de oro, ¡ay!, me equivoqué, porque en estos tiempos el oro no se encuentra a mano ni para sacarlo a relucir en una conversación.

D. León. Vuelva a la escalera.

Rob. ¿Pues he faltado a los señoritos?

D. León. No, mujer, pero te despistastes; estabas sobando los dorados de la puerta del vecino, y si no te atajo, al paso que llevabas nos trasportas a las minas de California. Cíñete... lo que puedas... a tu cuento.

Rob. Pues bien; mientras limpiaba oí... la verdad, conversaciones enteras, no, pero sí palabras sueltas; muchas veces oí Star, yo prefiero Star; estoy marcando; ayúdame a encañonar; hoy me atraco yo. Por lo visto hacían ensayos.

D. León. (*Con mucha pausa*). Y oye, Robustía-

na, ¿salieron también esta mañana? Fíjate bien lo que me contestas.

Rob. ¡Ay, señorito!, se pone usted tan serio, que, por primera vez en mi vida, me entra miedo de hablar. A ver... sí, señor. A las once y cuarenta y cinco; es decir, la manecilla grande estaba entre el cuarenta y cinco y el cuarenta y seis.

D. León. ¿Y han comido hoy en casa?

Rob. Cuando yo he entrado en la de ustedes no habían vuelto todavía; y les aseguro que no entra en la casa una rata, pero ni una rata, sin que yo me entere.

D. León. Lo creemos, sin que lo jures. Ahora, lo primero, refresquemos la memoria. (*Coge el periódico y vuelve a leer del atraco los puntos de coincidencia, subrayando las frases con los ademanes*). «Sobre la una y media de la tarde... encañonaron las Stars... y previa señal de unas mujeres que llevaban cestas... Cuando el total metálico personal no llegaba a diez pesetas, propinaban al desgraciado una regular paliza con las culatas de las pistolas... El que capitaneaba la cuadrilla vociferaba con indubitable deje extranjero y cojeaba ligeramente del pie izquierdo». (*Al terminar de leer se quita el chaleco, se remanga los brazos y dice a D.ª Perfec-*

ta). ¡Ayúdame a quitar la corbata; tengo un nudo en la garganta! ¡Ahora sí que estamos frescos! Las señas son mortales de necesidad; esto es evidente, no falta más que verlo, pero no temas, Perfecta, yo también hago las cosas bien. Confía en mí, que te sacaré a flote de este mar de desventuras que amenaza anegarnos.

Rob. Señorito, ¿y a mí también?

D. León. No, hija mía, no tengo fuerzas para tanto. (*Aparte*). ¡Menuda boya! (*Alto*). De todos modos, no temáis ninguna, que ya os he dicho que es poco un pistolero para mí... ni con judías. ¡Que vengan!, ¡que vengan!

ESCENA DÉCIMA

Dichos, y Fidela.

Fidela entra muy asustada y casi sin poder hablar.

Fidela. ¡Señorito! ¡Señorito!

D. León. ¿Qué te pasa, mujer? ¡Habla! ¿El vecino de arriba? ¿El pistolero?

Fidela. (*Afirma con la cabeza*).

D. León. Sí, ¿verdad? Ya se conoce que las pistolas que ahora se gastan son de repetición, pues nos pasamos toda la noche representando la misma escena. Pues

yo ya no levanto más los brazos, ¡ea!, que ya tengo en ellos agujetas.

Fidela. ¡Pero si ahora es verdad!

D. León. Pues yo no lo creo hasta que no lo vea.

Fidela. (*Va hacia su señora*). Ahora sí que es un pistolero de carne y hueso.

D.ª Per. Y ¿cómo habla el castellano?

Fidela. Muy mal.

Rob. ¿Cojea del pie izquierdo?

Fidela. Yo no sé de qué pie cojea.

D. León. ¿Viene solo?

Fidela. Le acompaña una mujer con una cesta en el brazo, un niño en el otro, y... un lunar en la cara.

D.ª Per. ¿Y qué trae?

Fidela. Sólo he cuidado de lo que se pudiera llevar.

D. León. Y ¿por quién pregunta?

Fidela. Primero preguntó por Robustiana. Dice que hace rato que la está persiguiendo para que haga luz en lo de ellos y para ajustarles las cuentas; pero después ha dicho que mataría dos pájaros de un tiro.

D.ª Per. ¿Y tú les has dicho que estaba Robustiana aquí?

Fidela. Como no dijo al principio que la perseguia.

Rob. ¡Ay, pobrecita de mí! Estoy perdida. ¡Ay, D.ª Perfecta, haga una obra digna

de usted, escóndame! ¡Ay, D. León, muéstreme una vez más sus nobles instintos, ocúlteme!

D. León. Esta mujer pide por partida doble. Pues señor, la cosa se complica, y ¿cómo hago yo este asiento? De fijo va a resultar una partida fallida.

Fidela. ¿Qué digo a esos señores? Que si mucho esperan estarán más coléricos y la pagaremos.

D. León. Les dices, si quieres, que estamos estudiando la manera de ahorrarles trabajo, haciendo desaparecer a uno.

Rob. ¡Por Dios, D. León, escóndame usted en cualquier parte, escóndame usted, que si me ve ese hombre, me mata.

D. León. Si, escóndame usted, escóndame usted. Ahí es un grano de anís que se puede meter en una caja de cerillas. Tiene que ser en sitio que no sospechen que estés y no te encuentren si registran la casa.

Rob. Ya comprendo que le costará a usted ahora meterme en cualquier parte algo más de lo que me ha costado a mí siempre meterme en todo. Me meteré en ese mundo.

D.ª Per. ¡No, que está lleno!

D. León. Y además, que esos señores se dan la gran maña para levantar tapas. (*Abre el baúl e invita a Robustiana a esconder-*

se detrás, dejando la tapa abierta). Entra ahí y estate tranquila.

Rob. ¿Estaré aquí segura?

D. León. Por ahora, sí; después no respondo; porque, la verdad, el mundo da tantas vueltas...

Rob. ¿Y yo no tengo que salir de aquí?

D. León. De ninguna manera; hasta que yo te llame no te muevas..., aunque se unda el mundo. Fidela, díles que pasen.

Fidela. En cuanto se lo diga, escapo yo escaleras abajo, por lo que pueda tronar. (*Vase*).

ESCENA UNDÉCIMA

Dichos, menos Fidela.

D.ª Per. (*Cogiendo las manos de su marido y sollozando*). ¡Adios, León, adios!

D. León. Es posible que no nos despachen. Tendrán en cuenta que estamos en nuestra casa. (*Animándola*).

D.ª Per. León, ¿te sobra mucho de las diez pesetas en el bolsillo del chaleco?

D. León. (*Saca del bolsillo del chaleco diez pesetas, que pone al lado de su plato y luego tres con sesenta y cinco*). Tres, con sesenta y cinco.

D.ª Per. Dámelas y así sobran cinco céntimos

de la tasa de las culatas. Calla, que ya se oyen los pasos.

D. León. Este respirar de Robustiana a lo fuelle de órgano, nos va a comprometer; aparentemos que cenamos con tranquilidad. (*Se oye por dentro la voz de Fidela, que les dice:* ¡A la derecha!, *y las voces de los vecinos que contestan en dejo extranjero*: Gracias).

ESCENA DUODÉCIMA

Dichos, Fidela y los dos vecinos extranjeros, él y ella.

El con el niño, ella con una cesta. Al llegar a la puerta se paran para dar él a ella el niño y quitarse el sombrero, que lo pasa a la mano izquierda. El niño y la cesta lo dejarán en el suelo para hacer el cambio, y al aupar ella al niño ayudada por él, dirán los dos bastante fuerte):

El y Ella. Amos ajiba. (*D. León y D.ª Perfecta se levantan de sus sillas, y creyendo que han dicho «manos arriba», levantan los brazos cuanto pueden y tratan de huir lentamente hacia la puerta. Ellos, creyendo que van a recibirlos, dicen*): Nadie se mueva. (*D. León y D.ª Perfecta se quedan inmóviles, con los brazos en alto*).

D.ª Per. (*A D. León*). Ya van a comenzar el despojo.

D. León. Todos los atracos los calcan por el mismo modelo.

D.ª Per. Sin embargo, por ahora no aparecen las Star.

D. León. No te fíes, a lo mejor las hay invisibles, como las orquillas. (*El y Ella se miran asombrados de las posturas de los de la casa*).

Ella. Puede ser que nosotros habemos venido a estorbar. Si ustedes erais comiendo, podéis continuar. (*D. León y Doña Perfecta bajan los brazos*).

El. O puede ser que erais haciendo gicnasia. Eso ser tres higiénico. (*Pausa*). Ustedes se ve ser felices; tener que comer y tener ¿cómo se dice?, a, sí, de las perras. (*Señalando el dinero que está sobre la mesa*).

D. León. (*A D.ª Perfecta*). Ya lo han guipado. Se ve que no traen prisa. Entre este atraco y los otros se siguen viendo diferencias. Los trataremos como a nación más favorecida, a ver si conseguimos que, por lo menos, nos apliquen la primera columna del Arancel.

D.ª Per. ¡Qué niño tan hermoso!

D. León. ¿Por qué no se sientan ustedes?

El. Gracias, yo prefieıo estar. (*Con el gesto expresa que derecho o de pie*).

D.ª Per. (*A D. León*). Ya volvemos a las andadas.

D. León. (*A D.ª Perfecta*). Yo no estoy tranquilo hasta que no destapen la cesta.

Ella. (*A El*). Ahoga, para postre, podías atracar a esos señores. Toma Star. (*Levanta el brazo presentando la cesta a El para que pueda coger lo que hay dentro*).

El. Gran idea, trae.

D. León. No hacía falta, no nos moveremos. Pueden coger de aquí (*Señalando los cuartos que hay en la mesa*) lo que les parezca.

El. ¡Oh! No habría bastante para todos. (*Con trabajo saca de la cesta un hermoso queso de Holanda, o Manchego, que deja en la mesa, cogiendo de ésta un cuchillo).*

D. León. Nos la quieren dar con queso. En este atraco también varía el arma.

El. Van a probar esto. (*Lo dice accionando con el cuchillo en la mano derecha*). Cuando me pongo a cortar, me ciego; me tiene que decir mi muquer, basta. Nosotros nos atracamos con ello.

D. León. Pues nosotros prefeririamos nos atracaran sin ello.

El. (*Va a cortar el queso*). ¡Oh, no hacer falta cuchillo; ustedes quedar!..

D. León. Sí, señor, muy quietos, se lo aseguramos.

El. (*Mostrando extrañeza de lo que dice*

D. León). Ustedes quedar con todo. (*Deja el queso sobre la mesa y también el cuchillo*). Preferimos estar... estar...

D. León. (*Aparte*). Nada, que no se van sin enseñarnos las pistolas.

El. (*Pensando*). ¿Cómo se dice?... estar... ayunos esta noche para que sean ustedes los atracados. (*Va sacando racimos de la cesta y poniéndolos sobre la mesa y volviendo luego la cesta sobre un plato*). Coman hasta atracarse.

D. León. (*Aparte*). Ahora ya la cosa cambia; como no sea una cesta de doble fondo ya podemos respirar, y *hasta atracarnos*. Pero si es que aun no hemos llegado al final de la cena. (*Aparte*). No pasamos de la sopa.

El. ¡Oh!, lo guardan.

Ella. Y agora les habemos de decir por qué nosotros estamos aquí a hoga tan tarde.

El. Esta mañana nosotros hemos salido, mi señoga a la compra y a entregar su trabaco. Ella marca muy bien, y a veces también encañona enaguas, aunque ahoga ya muy poco, y entonces yo me he ido al consulado de Suecia, donde trabaco de escribiente, y después nos hemos gueunido en casa del hermano de esta, en 642 de esta calle, donde queda el niño todos los días a comer.

Ella. Mi hermano es soltego y guico, pues

guepresenta una casa muy importante de maderas, y entonces él aliviarnos el gasto. Hemos cenado también en casa del hermano, y al volver a casa estar la escalega oscugo en nuestro piso. Entonces hemos bacado a perseguir la portera.

El. Que es una mala muquer, parece que... la ha tomado con nosotros, ¿es verdad?

Ella. Entonces hemos subido otra vez aguiba por si estaba en su cuarto, porque en la portería no estar. Tan poco estar arriba y decirnos una criada que estaguía aquí.

El. Y como nosotros queguíamos entrar hace días a decirles que queguemos ser vuestros servidores, hemos dicho: así mataguemos dos pajaros de un tigo. ¿No decirse así?

Ella. Esa portera es un espantaco; no quería alquilarnos el piso porque no la untábamos. (*Hágase el movimiento de dedos que indica dar cuartos*). Nosotros no podemos dar grandes propinas, pero sí buenas referencias, y con ellas nos fuimos al administrador, que enseguida hicimos el contrato. Entonces ella habla muy mal de nosotros.

El. Sabemos que dice que somos pistoleros, y yo no tengo de pistolero más que el apellido. (*Se rie*).

D. León. ¿Cómo se llama usted?

El. Juan Star. ¿No pasar la criada la tarjeta?

D. León. No, señor.

El. Yo dar a usted otra. (*Saca una de la cartera y se la da*). Pero a la portera, para que no explotara nuestro nombre, busqué otro más blando y manso y la dije llamarme Juan Lanas Cordero. (*Se ríe*).

D. León. ¡Acabáramos! ¡Esa es la madre del cordero!

El. Crea usted que meguecia que la cogiegamos paga hacer con ella sal... sal... (*Detrás del baúl se oye un ¡ay! comprimido*).

D. León. (*A Robustiana*). No salgas hasta ver en qué para esto.

El. Sal... no sé si lo digué bien. Salchicha.

Rob. ¡Ay, qué miedo! (*Sale corriendo asustada y va a ponerse detrás de D. León*). ¡Una rata!

D. León. Pues esa ha entrado en la casa sin que tú te enteraras.

El. Tú sí que has caído ahoga en la gatonera. ¡Mala muquer! (*Se avalanza hacia Robustiana, interponiéndose Don León*).

Rob. Salvadme la vida.

D. León. Robustiana se acoge al derecho de asilo. Dejad el pleito en mis manos.

El. ¡Oh, por usted, me conformo con sus sentencia!

D. León. Será el juicio sumarísimo, que es tarde y la cena espera... Resultando Robustiana culpable de haber despellejado a unos vecinos, con las agravantes de premeditación, ensañamiento y nocturnidad; pero considerando que se debe tener en cuenta el tiempo de prisión preventiva detras del baúl, y las angustias de muerte que ha experimentado esta noche, se le perdona la vida, permutando la pena de muerte por la inferior inmediata, condenándola a no hablar mal de ningún vecino durante... veinticuatro horas. ¿Qué es eso? Se oyen pasos por el corredor.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, y dos policías, que aparecen en la puerta, y al poco Fidela.

Policías. Manos arriba. (*Levantan todos los brazos llenos de espanto.*

D. León. Por fin vemos las pistolas. Sin duda estaba escrito.

Fidela. (*Entrando, se dirige a D. León*). Bajen ustedes los brazos, que no va nada con ustedes; son dos policías. Para reparar mi torpeza en haber hecho entrar al pistolero, me fuí a buscarlos.

D. León. Pues ahora te has pasado de lista. (*A los policías*). Señores, aquí no ha pasado nada. Ha sido una falsa alarma, que ha tomado tales proporciones por una indiscreción de la muchacha. Aquí están las culpables. Los delitos los verán ustedes por las sentencias que se han dictado en el juicio que aquí se ha hecho de amigables componedores. Fidela, a tí se te condena, durante un año, a no hablar con la portera. Y a tí, Robustiana, ya lo has oído, a no hablar mal de ningún vecino durante veinticuatro horas.

Rob. (*Dirigiéndose al público*).

A pena fui castigada
Igual que si hubiera muerto,
Pues es cosa bien probada
Que si soy muda, reviento.
Venga indulto a mi favor
Aplaudiendo a manos llenas,
Pues si no la del autor
Aumentará nuestras penas.

TELÓN

Nihil obstat

Dr. Daniel García Hughes

Censor

Madrid 18 de Febrero de 1924

Imprímase

Dr. J. Francisco Morán

Teniente Vicario